

Israel y Palestina: ¿viaje a ninguna parte?

El año 2006 no podría haber tenido un arranque más convulso en Oriente Medio. La creación del partido centrista Kadima, la desaparición política de Ariel Sharon y la victoria electoral de Hamas han descolocado a la comunidad internacional que, a través del Cuarteto (Naciones Unidas, EEUU, Unión Europea y Rusia) sigue defendiendo, contra viento y marea, la vigencia de la Hoja de Ruta. Todo parece indicar que, en los próximos meses, Israel mantendrá su agenda unilateral hasta culminar el muro de separación, y que los palestinos deberán poner la casa en orden para poder afrontar las fuertes presiones para que Hamas renuncie a la violencia.

Pocas semanas antes de ser internado en el hospital, el primer ministro de Israel, Ariel Sharon, anunció la formación de un nuevo partido llamado Kadima (Adelante, en hebreo). Con este inesperado movimiento, Sharon pretendía deshacerse de sus competidores en el partido oficialista Likud para poder afrontar, con el mayor margen de maniobra posible, el periodo crucial que se iniciará tras las elecciones del 28 de marzo. En tan sólo unos días, la nueva formación ganó el respaldo de una sociedad traumatizada por el descarrilamiento del Proceso de Oslo y por la virulencia de la Intifada del Aqsa.

Ignacio Álvarez-Ossorio es profesor de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad de Alicante

Mientras Sharon se debatía entre la vida y la muerte, los sondeos constataban que buena parte de los electores darían la confianza al nuevo partido al que se pronosticaba una victoria arrolladora (42 de los 120 escaños de la Knesset, el Parlamento israelí); es decir, el doble de escaños que recibiría el Partido Laborista y el triple del Likud.¹ La evacuación de Gaza, llevada a cabo de manera exitosa en verano de 2005, explicaba, al menos parcialmente, este hecho. Pero también lo hace la voluntad de la sociedad israelí de poner término a la espiral de violencia desencadenada tras la interrupción del proceso de paz.

¹ Haaretz, 4 de enero de 2006.

El proyecto de Sharon

Cuando en 2001 fue elegido primer ministro, muchos consideraron que Sharon carecía de un proyecto, aunque pronto se evidenció lo contrario. Ante la pasividad de una comunidad internacional sacudida por el 11-S e inmersa en el laberinto iraquí, Sharon consiguió, con la inestimable ayuda de los atentados suicidas, deshacer el camino andado en la década de los noventa por los gobiernos laboristas, dinamitando la autonomía palestina hasta reducirla a escombros y confinando a Arafat en la Mukata hasta su muerte. Libre de interferencias externas, Sharon trató de imponer una solución unilateral al problema palestino mediante una serie de “hechos consumados”: expropiación de tierras, ampliación de los asentamientos e intensificación de la colonización.

A pesar de ello, cuando Sharon entró en el hospital, los medios de comunicación internacionales pasaron por alto estas prácticas como si hubieran sufrido un repentino ataque de amnesia. El dirigente sionista fue convertido, de la noche a la mañana, en un “hombre de paz” y en la “última esperanza” para solucionar el conflicto mediorienta. Esta pretensión caía por su propio peso.

Nada más llegar a la presidencia del gobierno en 2001, Sharon dejó claras sus verdaderas intenciones: “La guerra de Independencia todavía no ha terminado. No. 1948 fue tan sólo uno de sus capítulos... Es imposible pensar que hayamos concluido nuestra tarea y que podamos dormirnos en los laureles”.² Para el primer ministro, la Intifada del Aqsa ofrecía a Israel una extraordinaria oportunidad para derrotar nuevamente a los palestinos y refundar el Estado judío por medio del trazado de unas nuevas fronteras.

Sharon coincidía con el histórico dirigente sionista Zeev Jabotinsky en la necesidad de derrotar a los palestinos militar y psicológicamente. El 4 de marzo de 2002, afirmó ante el Parlamento: “Si [los palestinos] no sienten que han sido vencidos, no podremos regresar a la mesa de negociaciones”. El jefe de Estado Mayor del Ejército, Moshe Yaalon, abundó en esta idea: “Se debe grabar en lo más profundo de las conciencias de los palestinos el hecho de que son un pueblo derrotado”. El 16 de marzo de 2004, Sharon señaló ante la Knesset: “No hay ni un solo palestino que tenga la capacidad y la valentía necesaria para negociar. Por eso no habrá negociaciones con los palestinos sobre cuestiones políticas, por eso Israel se ve obligado a aplicar sus propios criterios y poner en marcha su plan unilateral”. De hecho cuando Mahmud Abbas (*Abu Mazen*) fue elegido presidente de la Autoridad Palestina en sustitución del fallecido Arafat, el dirigente israelí no modificó un ápice su política lo que, indiscutiblemente, socavó la autoridad de Abu Mazen y permitió a Hamas imponerse en las elecciones legislativas.

² *Haaretz*, 13 de abril de 2001.

Kadima y la era post-Sharon

Una vez que se hizo evidente que Sharon no podría volver a asumir responsabilidades políticas, Kadima planteó la necesidad de elegir un nuevo cabeza de lista que llevase a la práctica los proyectos de Sharon. Ehud Olmert fue designado primer ministro en funciones y, con posterioridad, candidato a la presidencia del gobierno. Olmert, alcalde de Jerusalén en la década de los noventa, tenía una larga trayectoria parlamentaria y había asumido diversas carteras ministeriales. No debe extrañarnos pues que, en una de sus primeras comparecencias públicas, aludiese a la necesidad de forzar la máquina para completar el muro para la primavera de 2007.

La construcción del muro, que pretende ser la nueva frontera de Israel, sigue, a pesar de que el 9 de julio de 2004 la Corte Internacional de Justicia de La Haya —la máxima autoridad jurídica del sistema de Naciones Unidas— emitió un dictamen que reclamaba su demolición inmediata. Dicho muro, de más de 700 kilómetros, anexa *de facto* una parte significativa del territorio ocupado y, por consiguiente, reduce a su mínima expresión las fronteras de cualquier hipotético Estado palestino.

El principal objetivo del muro sería fijar las fronteras permanentes del Estado de Israel para asegurar una mayoría judía

En definitiva, tal y como reconoció Olmert en su discurso en Herzliya el 24 de enero de 2006, su principal objetivo sería “fijar las fronteras permanentes del Estado de Israel para asegurar una mayoría judía”. En opinión del mandatario israelí, “la elección entre permitir a los judíos vivir en toda la Tierra de Israel o vivir en un Estado con una mayoría judía requiere ceder partes de la Tierra de Israel. No podemos continuar controlando porciones de los territorios en las cuales los palestinos son mayoría [...]. Israel mantendrá las zonas de seguridad, los principales bloques de asentamientos y los lugares de importancia para el pueblo judío y, ante todo, Jerusalén unida y bajo control israelí”. O, lo que es lo mismo, Olmert se sumaba a la lógica “clintoniana” de “lo que es judío para los judíos, lo que es palestino para los palestinos”, pero en lugar de aplicarla sólo a Jerusalén Este, la extendía a todos los Territorios Ocupados, lo que, de llevarse a la práctica, provocaría la anexión de la mitad de Cisjordania.

Lo más novedoso es que buena parte de la escena política israelí ha acabado por aceptar estos planteamientos. Basándose en la supuesta ausencia de un interlocutor palestino válido (ni Mahmud Abbas ni Hamas), el Gobierno israelí estaría obligado, según esta lectura, a adoptar una serie de pasos unilaterales para fijar las nuevas fronteras “permanentes”

(que no “definitivas”). La lista Kadima no sólo engloba a importantes figuras del Likud (Ehud Olmert y Saúl Mofaz, entre otros), sino también del laborismo (como su líder histórico Simón Peres). Lo preocupante es que el propio Partido Laborista, inmerso en una profunda renovación tras el acceso al poder de Amir Peretz, acepta este planteamiento en su programa electoral. Incluso Yossi Beilin (ahora en el izquierdista Meretz) ha hecho hincapié en la necesidad de secundar al futuro gobierno por considerar que la victoria de Hamas deja a Israel sin interlocutor para la negociación.

Hamas y la era post-Fatah

Las elecciones legislativas palestinas del 25 de enero se saldaron con la victoria por mayoría absoluta del Partido del Cambio y la Reforma, organización creada por Hamas expresamente para concurrir a las elecciones. De los 132 escaños del Consejo Legislativo en liza, Hamas obtuvo 74 de ellos, Fatah 45 y otras formaciones (entre ellas, la Lista del Mártir Abu Ali Mustafa, creada por el Frente Popular, con tres representantes) se repartieron la docena restante.

Las elecciones, calificadas de transparentes por los observadores internacionales, suponen un hito en la política mediorienta, que podría tener efectos también en el resto del mundo árabe, que ahora mira con lupa todo lo que ocurre en los territorios palestinos. Una gestión gubernamental mesurada y eficaz por parte de Hamas podría granjearle el respeto no sólo de la población palestina, sino de la propia comunidad internacional, que podría alentar cambios similares en otros países árabes con la intención de que los movimientos islamistas se incorporen, de manera gradual, al juego político y abandonen, de esta manera, la disidencia.

Los resultados electorales no pueden explicarse sin tener en cuenta dos hechos: el mantenimiento de la ocupación desde hace casi cuatro décadas y la sensación de hartazgo ante un proceso de paz interminable. Los Acuerdos de Oslo no han mejorado las condiciones de vida ni, mucho menos, allanado el camino para la construcción del Estado palestino. Es más, en estos últimos diez años, Israel, violando el espíritu de estos acuerdos, ha acentuado su política expansionista.

De hecho, Hamas planteó las elecciones como un referéndum sobre el proceso de paz y sobre la gestión de la Autoridad Palestina, consciente de que así atraería no sólo el voto de sus simpatizantes, sino también el de todos aquellos sectores descontentos con la experiencia de esta última década. La cuestión de la resistencia contra la ocupación pasó a un segundo plano durante la campaña electoral, centrándose en la necesidad de reforma de la ineficaz y corrupta administración palestina.

No puede pasarse por alto el hecho de que era la primera ocasión en la que Hamas concurría a unas elecciones legislativas, ya que en las celebradas en 1996 decidió mantenerse al margen al considerar que su participación implicaría un reconocimiento expreso de los Acuerdos de Oslo. Hamas ha recogido en las elecciones de 2006 la cosecha sembrada en 1988, cuando los Hermanos Musulmanes decidieron crear el movimiento con el objeto de reislamizar a la sociedad palestina y combatir a la ocupación israelí.

Posiblemente, la derrota electoral obligue a Fatah a emprender una reforma interna. Desde la muerte de Arafat, Fatah ha venido posponiendo la celebración de un congreso en el que se defina el nuevo programa del partido y se lleve a cabo una profunda renovación de sus cuadros. Al elegir a Mahmud Abbas como sucesor del *rais* en 2004, muchos interpretaron que ésta era la única opción para mantener el partido unido en un momento especialmente delicado. Cabe imaginar que tras su derrota electoral, las desavenencias entre la vieja y la nueva guardia afloren con más intensidad y puedan desembocar en su división interna.

En este contexto, la nueva guardia podría llegar a la conclusión de que ha llegado el momento de romper el cordón umbilical que todavía le une con el liderazgo tradicional del movimiento, al que considera el principal responsable de la derrota electoral. En este punto es pertinente recuperar la opinión de un dirigente de este sector sobre los denominados “tunecinos”, el núcleo central de la vieja guardia: “Antes de Oslo acostumbrábamos a tratar a los miembros del Comité Central con reverencia. Después de que se estableciera la Autoridad Palestina y les diéramos la bienvenida de héroes que esperaban, les conocimos directamente, observamos su actuación, y fue una experiencia amarga. Son tigres de papel, son corruptos y no quieren trabajar, y sólo están interesados en perpetuarse y en los privilegios personales, no en la puesta en práctica de un programa de liberación nacional”.³

Es oportuno recordar que en plena precampaña, Marwan Barguzi anunció desde la cárcel, donde cumple cuatro condenas de muerte, la formación de un nuevo partido —Mustaqbal (Futuro, en árabe)—, aunque finalmente decidió volver al redil de Fatah para intentar frenar la victoria de Hamas. A medio plazo, algunos sectores de la Nueva Guardia, en particular los partidarios de Marwan Barguzi, podrían decidir incorporarse a un gobierno de coalición. No debe olvidarse que tres días antes de la cita con las urnas, Barguzi reclamó la constitución de “un gobierno de salvación nacional, con la participación de todas las fuerzas, capaz de emprender profundas reformas”.⁴

³ Declaraciones de un activista de Fatah recogidas en “Who governs the West Bank? Palestinian Administration under Israeli Occupation”, *ICG Middle East Report*, International Crisis Group, Amman/Bruselas, 28 de septiembre de 2004, N° 32, p. 17.

⁴ *Al-Jazeera*, 22 de enero de 2006.

La negativa de Fatah a tomar parte en un gobierno de coalición podría propiciar la entrada de algunas formaciones minoritarias como Palestina Independiente de Mustafa Barguzi o la Tercera Vía de Salem Fayyad (que suman cuatro escaños) y la designación de un tecnócrata como primer ministro, gesto que podría tranquilizar a la inquieta comunidad internacional.

La parálisis de la comunidad internacional

Si a alguien tomó por sorpresa la mayoría absoluta de Hamas fue a la comunidad internacional. Ni EEUU ni la Unión Europea, ni mucho menos Israel, habían previsto el resultado de las elecciones. De hecho, la estrategia internacional pasaba por incorporar a Hamas en el juego político como un paso para propiciar su alejamiento de las armas. Incluso es bastante probable que el resultado electoral tampoco entrara dentro de los cálculos de la propia Hamas, que consideraba que su papel en el nuevo Consejo Legislativo debería limitarse a su participación parcial en un gobierno de coalición que aunase a todas las facciones palestinas sin excepciones.⁵

Ante la nueva situación, la comunidad internacional reaccionó con dureza advirtiendo a Hamas, incluida en las listas de organizaciones terroristas de EEUU y la UE, de que sólo mantendría su ayuda económica en el caso de que aceptase tres condiciones: condena del terrorismo, reconocimiento de Israel e incorporación al proceso de paz. Es decir, las mismas demandas que impusiera en su día Henry Kissinger a la OLP para iniciar el diálogo y que fueron aceptadas en Argel en 1988, con la única salvedad que el reconocimiento de las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad ha sido reemplazado ahora, no inocentemente, por la aceptación del marco establecido en Oslo.

Tras las elecciones, Hamas experimentó la complicada tarea no sólo de formar un nuevo gobierno, sino también de mantener en pie una Autoridad Palestina altamente dependiente de las ayudas internacionales. Este es un elemento vital para el funcionamiento de una Autoridad Palestina con cerca de 150.000 funcionarios. Por esta razón, la congelación de los fondos (500 millones de euros concedidos por la UE en 2005 y 300 millones por EEUU, la mayor parte de ellos distribuidos por USAID)

⁵ Jalid al-Hurub, "Hamas wa ma'ziq fawz al-muzriq", *Al-Hayat*, 28 de enero de 2006.

La
congelación
de fondos,
sería un
golpe
definitivo
para la
adminis-
tración
palestina

significaría un golpe definitivo para la administración palestina, que sería incapaz de cumplir sus compromisos.

Los ministros de Asuntos Exteriores europeos, reunidos el 30 de enero en Bruselas, manifestaron que la UE “sigue dispuesta a apoyar el desarrollo económico palestino y la construcción de un Estado democrático” y mantendrá la ayuda siempre que “el recién electo consejo parlamentario palestino apoye la formación de un gobierno comprometido con una solución pacífica y negociada”, ya que “la violencia y el terror son incompatibles con los procesos democráticos”.⁶ Por su parte, el Cuarteto fue más lejos al reclamar ese mismo día desde Londres que “todos los miembros del futuro gobierno palestino deben comprometerse con la no violencia, el reconocimiento de Israel y la aceptación de los acuerdos previos, incluida la Hoja de Ruta, y hacer frente a sus obligaciones”.⁷ Tanto la UE como el Cuarteto coincidieron en dar un breve periodo de prueba, de dos a tres meses, hasta que se forme el nuevo gobierno, para comprobar las verdaderas intenciones de Hamas. Esta decisión también refleja el temor a que, en caso de colapso de la AP, los islamistas radicalizaran su discurso y se acercaran a otros actores regionales (como Irán o Siria).

La respuesta de Hamas fue inmediata tachando estas condiciones de “chantaje”. “El Cuarteto debería haber reclamado el fin de la ocupación y de la agresión, no haber demandado que la víctima reconozca a la ocupación y se mantenga de brazos cruzados ante la agresión”,⁸ declaró Sami Abu Zuhri, uno de sus dirigentes. Por su parte, Ismael Haniye, cabeza de la lista del Partido del Cambio y la Reforma, invitó a la UE a auditar las cuentas palestinas: “Nos comprometemos a que todas las ayudas sean dedicadas a pagar los salarios, los gastos cotidianos y las infraestructuras. Podéis verificarlo en cada momento”.⁹

La comunidad internacional rechazaba, al imponer estas condiciones, una mediación más equilibrada entre las partes, ya que a Israel, a pesar de sus reiterados incumplimientos de la Hoja de Ruta, no se le planteaba exigencia alguna. En conclusión, la comunidad internacional pretendía que Hamas se incorporase al proceso de paz reconociendo la vigencia de los Acuerdos de Oslo y la Hoja de Ruta. No debe olvidarse que dicho plan, presentado por el Cuarteto, establecía como una de sus prioridades desarmar a las milicias palestinas, incluidas las Brigadas Izz al-Din al-Qassam, como un primer paso para restablecer la confianza entre las partes y poder, en una fase posterior, anunciar la creación de un Estado palestino provisional sin fronteras definidas.

⁶ *El País*, 31 de febrero de 2006.

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Al-Jazeera*, 30 de enero de 2006.

Dicho plan tan sólo fue aceptado a regañadientes por el Gobierno de Sharon tras las presiones internacionales, aunque Israel puso tal número de condicionantes a su aplicación que, en la práctica, lo desvirtuó en su totalidad. La posición de Hamas ante el plan es conocida. Cuando el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas lo aprobó, Haniye declaró a la revista árabe *Filastin al-Muslima*: “La Hoja de Ruta se inscribe en los proyectos propuestos para poner fin a la Intifada y acabar con la resistencia que fueron precedidos por el Plan Tenet, el Informe Mitchell, la Cumbre de Sharm al-Sheij y el entendimiento de Taba, así como por el Mapa de Bush que pretende tres objetivos: eliminar la Intifada y la resistencia, asentar la ocupación y proporcionar seguridad para la entidad sionista y, por último, retornar a la mesa de negociaciones con el propósito de poner fin a la cuestión palestina lo que, según la perspectiva sionista, implica activar un conflicto entre los propios palestinos en lugar de resolver la lucha palestino-sionista”.¹⁰ Esta posición, aunque ya no se expresa de manera tan rotunda, se mantiene vigente hoy en día.

Lo que en definitiva pretendía el Cuarteto, y también la UE, es que Hamas dejase de ser Hamas de la noche a la mañana y se convirtiese en Fatah, con todo lo que ello conlleva, incluido un acto de fe para creer que el Proceso de Oslo, enterrado por unos y por otros, sigue encerrando las claves para resolver el conflicto. Mientras las presiones se concentrarán en los próximos meses en el actor palestino, Israel, la potencia ocupante, dispondrá de un balón de oxígeno para trazar sus fronteras “permanentes”. Como ha señalado Ehud Olmert, la prioridad del nuevo gobierno que saldrá de las urnas el 28 de marzo será completar el muro que rodea los territorios palestinos, lo que implica anexar una parte significativa de Cisjordania e imponer un Estado palestino de bantustanes detrás del muro.

¹⁰ *Filastin al-Muslima*, en http://www.fm-m.com/2003/jun2003/story5_1.htm